

criatura que ha hecho por amor, y que ha predestinado, si es fiel, á vivir eternamente con él. ¿Es esta la forma de una actividad bienhechora, de una actividad paternal? ¿Basta con haber dado la vida á una alma frágil, marcándole un fin inmenso, para que quede cumplido el deber del fuerte para con el débil, el del padre para con el hijo? Y si se quiere distinguir la simple conservacion del hecho mismo de la creacion, ¿basta á la bondad infinita el no volver otra vez los seres á la nada, teniéndolos suspendidos sobre un abismo en que la libertad los retiene y puede hacerlos caer? Que un poder como el sol, privado de deliberacion y voluntad, vierta su luz sobre los cuerpos inferiores con una indiferencia matemática, se concibe; pero que la luz viva y libre se derrame con la misma impasibilidad, ¿se concibe acaso? El sol, además de no ser dueño de sí mismo, solo alumbra á mundos sujetos como él á leyes mecánicas, que no le permiten separarse del punto en que los rayos del astro soberano pueden bañarlos y darles vida. Pero las inteligencias, que tienen por astro á Dios, no están subordinadas al imperio inflexible del mecanismo; ellas se apartan de su centro cuanto quieren, y si Dios no las sigue cuando huyen, es claro que el orden moral carece de los auxilios superabundantemente distribuidos al orden físico, y que Dios trata los espíritus con una negligencia que no revela la paternidad. Si yo solo lo pensara, la soledad de mi pensamiento me inquietaria; pero el género humano lo piensa conmigo. El no separa la idea de Dios de la idea de la Providencia, y cosa digna de atencion, mas se ha equivocado respecto de la naturaleza divina que respecto de la naturaleza del gobierno divino. La antigüedad pagana ha creado mas ó menos dioses indignos; ella no negaba á ninguno de ellos un oído sensible á la queja, una intervencion en los bienes y los males, y aunque supusiera que los habia malignos, ella sabia por qué caminos bajar á los infiernos á tocar el corazon de los mas duros inmortales. La negacion de la Providencia inició con Epicuro el reino del ateísmo; el primero que quiso rechazar á Dios en nombre de la sabiduría se contentó con rechazar su gobierno. Esto era herir en el corazon la nocion misma de la divinidad. Levantad en el cielo, tan alta como podais, una inteligencia y un poder incommensurable: dadle nombres sublimes, y atributos tan grandes como sus nombres; si retirais de su mano el cetro con que gobierna, sabedlo, no habréis erigido mas que un ídolo. El pueblo cruzará sin verlas y mas poderoso que vuestra implacable metafísica, repetirá, de un modo ú otro, el cántico de David: *Qui habitat in adjutorio Altissimi in protec-*

*tione Dei caeli commorabitur. — Aquel que habita con el pensamiento en el socorro del Altísimo, habitará realmente en la proteccion del Dios del cielo (1).*

¿Objetaréis, señores, al género humano, que el gobierno de la Providencia es incompatible con la conservacion de las leyes generales que rigen el universo? ¿Pero qué responderéis vosotros, si os digo, que el gobierno mismo es una ley general, y que he comenzado esta conferencia demostrándooslo? Una ley general es un orden constante, que abraza los seres y los hechos de la misma naturaleza sometiendo á su regla. Ahora bien, tal es el gobierno. Dios, autor de todas las leyes, dando á las inteligencias poder para menospreciarlas, ha preparado tambien el medio de sujetarlas, ó atraerlas cuando se han separado de ellas. Al propio tiempo que fundaba la libertad, fundaba el gobierno, y los dos son los elementos recíprocos que forman el orden moral. Sin la libertad, el orden moral, ese orden con el cual trabaja el ser en su propia perfeccion, no existiria, y sin el gobierno se perderia en una irremediable confusion. La libertad es el rio de los actos responsables; el gobierno es el cauce que los contiene y los lleva á su término natural. Cada gota de agua, cada ola puede salirse de madre y abrirse otro camino; pero el caudal entero de las aguas no evita jamás la fuerza del declive y de las orillas, y permanece siempre en el fondo de su lecho para que el orden subsista y el plan divino se realice. O se necesita negar la idea misma de las leyes generales, ó es preciso convenir en que el gobierno encierra en sí mismo todos los caracteres de ellas.

Es verdad que las leyes del orden moral no obran como las del orden físico; es decir que no se apoderan de los seres y los hechos de su dominio con una accion irresistible; la voluntad gobernada conserva la libertad ante la voluntad que gobierna; pero ¿quiere esto decir que no existe el gobierno? Si así fuera, la ley seria sinónima de necesidad, y la materia tendria solo el privilegio de ser ordenada. Por una parte, la libertad se confundiria con el desorden, y por otra, toda inteligencia seria por su naturaleza un caos.

Permanezcamos en lo cierto. Que el miedo de ser iluminados por la bondad divina, sostenidos y guiados por ella, no nos precipite en un materialismo sin conciencia y sin humanidad. Confesemos que la armonía universal se descompone en dos órdenes, el orden físico y el orden moral, ambos regidos por leyes que obran de concierto

(1) Salmo 90, vers. 1.

con la naturaleza de los seres comprendidos en su esfera, ambos procedentes de Dios, que es su moderador porque es su principio, haciéndolos servir al fin de los espíritus capaces de conocerlo y amarlo. Ni las leyes del orden moral destruyen las del orden físico, ni las leyes del orden físico destruyen las del orden moral. Dios alumbrá las inteligencias con una luz que no ofende nada á la luz de los cuerpos; él las sostiene con una fuerza que no altera nada la fuerza mecánica; él las conduce con un movimiento que no paraliza el movimiento de los mundos, sea como quiera la manera como recorran los campos infinitos del espacio en que Dios los ha sembrado. El milagro, es verdad, entra en el gobierno de la Providencia; pero aun cuando suspendiera algunas veces las leyes del orden físico, no comprometería por eso su conjunto y gravedad. Una gota de agua, separada del sitio que debe ocupar en él Océano, causaría en él mas sensación que un milagro perdido en el orbe entero de las cosas. Además, el milagro es un homenaje de la omnipotencia de Dios á la estabilidad de la naturaleza. Dios respeta la naturaleza pareciendo que la viola; no perturba en lo mas mínimo el arreglo matemático que es la única ley de los cuerpos, y el efecto que obtiene de sus fuerzas por medio de la aplicación de la suya es tan sencillo como el efecto que nosotros producimos aplicando la nuestra.

Dios gobierna el mundo, la humanidad lo cree, y la humanidad se explica esta creencia que forma parte de sus mas caros pensamientos y mas invencibles tradiciones; pero aún hace mas que creer y justificar su fe, ella vé con sus propios ojos, sin que quede lugar á la menor duda, la acción misma del gobierno divino. Dios es invisible en su esencia, pero no en sus actos. Si fuera en sus actos tan misterioso como en su esencia nadie creería en él, ó á lo menos la voz del pueblo no lo aclamaría con este grito unánime y antiguo que hace estremecer al infierno con el eco de su nombre, y que llega á los cielos para conmover el oído de los espíritus puros. El pueblo raciocina poco, el pueblo vé, toca, siente, y para que Dios lo conmueva, es menester que Dios llegue á él, menos como una idea que como una sensación. Así sucede. Mientras el cielo y la tierra giran en su ciclo impasible, el hombre se agita en otras revoluciones, y la Providencia se le presenta en un doble teatro, el teatro privado de las almas y el teatro público de la historia. ¿Quién de entre nosotros no ha encontrado en su vida otra mano que la suya, una mano imprevista, hábil, profunda, inexplicable con otro nombre que el nombre de la Providencia? Se puede dudar de esto algunas veces,

pero no se duda siempre. Si el buen éxito causa fácilmente la ingratitude del orgullo, la desgracia, que no hemos buscado, nos revela otro artesano distinto de nosotros. Y aun cuando yo no pueda decir de donde nos viene esta certidumbre, no por eso se puede negar que la tenemos. Muy desgraciada es el alma que no se para nunca en sus anales interiores para decirse: no era yo. Pero suceda lo que quiera á los sabios y á los soberbios, los simples de este mundo, aquellos que no tienen recursos contra su conciencia, descubren á Dios en el tejido de su vida, y todos los astros juntos no les causan la impresión que les causa esa entrevista privada que las Escrituras llaman la visitación de Dios. *¿Qué es el hombre*, decía David, *para que os acordeis de él, y el Hijo del hombre para que lo visiteis* (1)? Y Job explicándose en los mismos términos, decía: *¿Qué es el hombre para que acerqueis á él vuestro corazón? Vos lo visitais por la mañana, y lo probais despues* (2).

Pero estos misterios de la existencia íntima rompen de repente el velo que los cubre, y se convierten, aplicándose á los pueblos, en acontecimientos que forman con su historia la historia misma de Dios. Mucho se trabaja contra esta historia para robarle en lo pasado su carácter divino; con el tiempo se le forma un sudario para ocultar con él la Providencia á las miradas engañadas con este artificio; felizmente la historia no se concluye jamás, ella sigue viva á la vista de las generaciones, y todos, ántes de morir, la vemos un día ú otro tal como es. Vosotros la veis, señores, y sin mirar atrás ni adelante, manteniéndonos en la hora presente, yo os pregunto, ¿quién tiene el cetro de nuestros destinos? ¿Quién se lisonjea con dirigirnos? ¿Quién puede prometerse, ó siquiera señalar el puerto? Y sin embargo, ni los hombres experimentados, ni el buen sentido, la imaginación ni el valor no faltan á nuestra patria; ella es todavía el pueblo elocuente y bravo que describía Cesar, dotado con el mas hermoso territorio del mundo, con una antigüedad superior á toda antigüedad de los pueblos contemporáneos y rivales suyos, con una historia que le asegura los títulos de primogénita de la Iglesia, escudo de la fe, y espada de la justicia de Dios. Si una tierra habitada por hombres pudiera prescindir del gobierno de la Providencia, esa tierra sería la nuestra: y á pesar de eso, en el siglo decimocuarto de nuestra edad, en el seno de tantos recuerdos y tantos tesoros, hémos aquí, inciertos de nosotros mismos, temblando ante el porvenir, y que-

(1) Salmo 8, vers. 5. — (2) Job, cap. 7, vers. 17 y 18.

riéndolo ó no, aguardando solo de Dios el secreto, y la hora de nuestra salvacion. Vosotros creíais que lo echábais á un lado; os declarábais desengañados de su Cristo, y solo concedíais al Evangelio el honor envejecido de haber sido el preparador ó el precursor del reinado de la razon. ¿Qué decís vosotros ahora? El brazo de Dios es tan poca cosa, su socorro inútil, su nombre una sola antigüedad de la metafísica y de la abstraccion? ¡En qué fabuloso laberinto ha encerrado vuestra sabiduría! ¡Y si pudiera yo hacer otra cosa que llorar por vuestros extravíos las desgracias de la patria, con qué sangrienta voluptuosidad gozaria de vuestra incredulidad vencida por sus frutos!

Pues lo que vosotros presenciáis, el mundo lo ha visto en todos los tiempos. Bajo formas que cambian, y nombres que se suceden, la vanidad de los pueblos aparece pronto ó tarde. Digo pronto ó tarde, porque la Providencia no es siempre igualmente visible; si apareciese siempre no aparecería nunca. Una aparicion no tiene lugar sino en virtud de una ausencia. Dios se oculta y se manifiesta alternativamente, á fin de que se le vea mejor, su silencio es el relieve de su palabra, su sepultura da fe de su resurreccion. Por eso es por lo que quiere ser esperado, y David, su profeta, decia excelentemente al pueblo de Israel: *Aguarda al señor..... y tú lo verás.* ¿Y cuándo lo verá él, señores? Escuchad: *Tú lo verás, cuando los pecadores perecieren.* — *Expecta dominum.... cum perierint peccatores videbis* (1).

Sí, Dios está en la historia; en la historia de las almas y de los pueblos. Y cuando me dice en el Evangelio, *que los cabellos de mi cabeza están contados* (2), no necesito creerlo, porque lo sé, lo siento, lo veo. O Dios, es verdad, vos habeis contado los cabellos de mi cabeza, y ni uno solo caerá sin permiso vuestro. Vos habeis marcado ni hora y mi sitio; vos derramais en mí vuestra luz, vos me llevais en vuestra mano, vos combatis por mí. Yo no soy mas que un pajarillo, pero un pajarillo, vos lo habeis dicho, *no está olvidado en vuestra presencia* (3). ¡Con cuánta mas razon un hombre y un cristiano; un hombre hecho á vuestra imágen, un cristiano bañado en la sangre de vuestro hijo! Ahí está la fuerza invencible de un cristiano: mas que todas las cosas de este mundo, está él en la diestra de Dios. La Providencia, que lo rodea y lo gobierna todo,

(1) Salmo 36, vers. 34. — (2) San Lucas, cap. 12, vers. 7. — (3) San Lucas, cap. 12, vers. 6.

lo rodea y lo gobierna con predileccion. ¿Qué será de la Iglesia, cenáculo inmortal de las almas redimidas, en donde, entre la oscuridad del tiempo y de las mudanzas, la fe, la esperanza, la caridad, la oracion, todas las virtudes y todas las obras se mantienen firmes ante Dios esperando su dia? Si este dia llega para todo el mundo, ¿cuánto mas pronto y mas irremisiblemente vendrá para la Iglesia? Todo hijo de esta madre fecunda y sublime, cuántas veces debe repetir con fe inalterable la palabra de David: *¡Aguarda al Señor .... y cuando los pecadores perecieren, tú lo verás!*

Pero estos acentos elevados me fatigan; y yo quisiera bajar, y en vez de decir como el poeta romano:

Sicelides muse, paulo majora canamus,

me agradaria, hablando de la Providencia de Dios, humillar mi lenguaje, y olvidar los cedros de las montañas por el hisopo de los campos. Porque así baja la misma Providencia; con el rayo con que ilumina la frente de los astros, alumbra la quiebra de la roca, y la tempestad que perturba el Océano reserva una gota de agua para la hoja que languidece en el fondo de los bosques. Yo querría imitarla; dejando á un lado los imperios, los grandes destinos, las caídas y los acontecimientos de cosas famosas, yo querría en una alma recuerdos oscuros, pero fraternales, que despertaran en nuestros corazones la memoria de Dios y sus ocultos beneficios.

Yo voy á pronunciar un nombre que no pertenece á un ser viviente, aunque es, sin embargo, un nombre contemporáneo. El que lo ha llevado me lo perdonará sin pena, porque no diré nada que no pueda honrar su vida y reanimar sus cenizas.

Nuestra época recuerda todavía la celebridad de que gozaba, un cuarto de siglo hace, un hombre que habia aplicado á las obras de cirugía una intrepidez de alma tan rara como la precision de su mano. Este hombre, ya anciano, vió entrar en su gabinete á una figura simple, grave y dulce, que reconoció al punto por un cura del campo. Despues de haberlo oido y examinado algunos instantes, le dijo con un tono brusco que le era natural: « Señor cura, con esto se muere. » El cura respondió: « Señor médico, bien hubiera V. podido decirme la verdad con mas contemplacion; porque, aunque muy avanzado en la carrera de la vida, hay hombres de mi edad que temen morir. Pero sea como quiera, la verdad es siempre preciosa, y yo le doy á V. las gracias por no habérmela ocultado. »

En seguida, poniendo sobre la mesa una moneda de cinco francos preparada de antemano, añadió: « Me avergüenzo, mas que lo que puedo expresar, de mostrar tan mal mi reconocimiento á un hombre como el señor Dupuytren, pero yo soy pobre, y en mi parroquia hay muchos pobres; me vuelvo á morir en medio de ellos. » Este acento llegó al corazón del hombre, á quien no turbó jamás el grito del dolor; sintióse en pugna consigo mismo, y corriendo tras del anciano á quien había rechazado al principio, lo llamó del umbral de su puerta y le ofreció sus auxilios. La operación se verificó: los órganos mas delicados de la vida estaban interesados: fué larga y dolorosa. Pero el paciente la soportó con una serenidad inalterable, y como el operador le preguntase si no había sentido nada: « He sufrido, respondió, pero estaba pensando en cierta cosa que me ha consolado mucho. » Él no quería decirle: He pensado en Jesucristo, mi Señor y mi Dios crucificado por mí: él hubiera temido tal vez herir la incredulidad, y ocultando su fe bajo el velo de la mas amable modestia, le decía solamente: He pensado en una cosa que me ha consolado mucho. Muchos meses despues, el médico Dupuytren se encontraba un dia de fiesta del verano en el Hôtel-Dieu (1), rodeado de sus discípulos á la hora del servicio. Vió venir á distancia al anciano sacerdote, sudando y cubierto de polvo, como un hombre que ha hecho á pié una jornada larga, llevando en el brazo una cesta pesada. « Señor médico, le dijo el anciano, yo soy el pobre cura del campo á quien V. ha operado y curado hace algunas semanas; nunca he gozado de mejor salud que hoy, y he querido probárselo á V. trayéndole fruto de mi huerto, que le ruego á V. acepte en memoria de una cura tan maravillosa como la que V. hizo, y de una buena acción que Dios le debe á V. por mí. » Dupuytren cogió la mano del anciano: aquella era la tercera vez que el mismo hombre lo había conmovido hasta las entrañas.

Por fin, este hombre ilustre, el médico Dupuytren, se vió en él lecho de muerte, y con la mirada con que había contemplado el peligro de tantos otros, contempló el suyo. Esta hora lo halló firme; había alcanzado demasiado gloria para sentir la tierra y equivocarse acerca de su nada. Pero la revelación de lo poco que vale la vida nó basta para señalar al alma su destino, y quizá este es el peligro mas grave del orgullo luchando con la muerte. En este momento supremo es preciso reconocer igualmente la miseria y la gran-

(1) Uno de los mejores hospitales de Paris, junto á la catedral de Nuestra S<sup>a</sup>.

deza del hombre, y si el genio puede elevarse por sí mismo hasta sentir su miseria, no puede comprender al mismo tiempo su grandeza. Este doble secreto no se une y no se manifiesta á la vez sino en una claridad mas alta que la gloria. Dupuytren la vió bajar. Repasando en su memoria el espectáculo de las cosas á que había asistido, entre tantas figuras como se presentaban á recoger su última mirada, había una que crecía instantáneamente, y cuya sencillez, llena de gracia, le despertaba sentimientos que ninguna otra le había inspirado. El anciano párroco del campo había permanecido grabado en su memoria, y en el vestibulo de la muerte, recibía su constante y dulce aparición. Señores, no os diré lo demás; Dupuytren tocaba á los abismos de la verdad, y para descender vivo á ellos, no necesitaba mas que caer en los brazos de un amigo. Este es el don que Dios ha hecho á los hombres el dia que les tendió las manos desde la cruz, el don de recibir la vida de una alma que la posee ántes que nosotros, y que la vierte en la nuestra porque nos ama. Dupuytren tuvo esta dicha. Al término de una carrera memorable, conoció que había alguna cosa mas feliz que el éxito y mas grande que la gloria; la certidumbre de tener á un Dios por padre, una alma capaz de conocerlo y amarlo, un redentor que ha derramado su sangre por nosotros, y en fin, la alegría de morir eternamente reconciliado con la verdad, la justicia y la paz. Señores, la Providencia gobierna el mundo, y su primer ministro, acabais de saberlo, y por ello debeis á Dios inmortales acciones de gracias: su primer ministro es la virtud.